

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Me habló mi tocaya Marcela Feria para pedirme que presente su libro. Se llama *Alzheimer, una experiencia humana* (Editorial Jus). Con un poco de susto, porque yo no sé nada de ese tema, le dije que sí. Lo bueno es que habrá otros presentadores, especialistas. El evento va a ser mañana.

Y en vez de contarte la tremenda y ambivalente impresión que me produjo esa lectura, mejor copio aquí el texto que leeré.

Primero que nada, quiero agradecer la invitación que me hizo Marcela Feria para presentar su libro. Me siento muy contenta de participar, como madrina, en este festejo. La publicación de un nuevo libro siempre es digna de celebrarse; se parece a un estreno teatral, se parece a la inauguración de una casa, a la presentación en sociedad de una bella quinceañera. Se parece, sobre todo, a un feliz alumbramiento, a un bautizo.

Celebro, pues, la aparición del libro *Alzheimer, una experiencia humana*, publicado por la Editorial Jus. Este libro nuevecito, recién nacido, paradójicamente, nos habla de la vejez, de la enfermedad, de la muerte. Pero el propio libro es metáfora: de la vejez, de la enfermedad y de la muerte pueden surgir vida, amor, fuerza, esperanza.

Leer este libro es una experiencia humana pero ciertamente no es una experiencia agradable. La enfermedad de Alzheimer es una de esas realidades aterradoras de la vida

humana. Como la autora misma nos dice, todas las enfermedades pueden ser terribles, pero ésta representa y simboliza los miedos más profundos que cualquiera de nosotros tiene: el miedo a una vejez horrible; el miedo al deterioro absoluto, a la dependencia total, a la pérdida paulatina de todas y cada una de nuestras capacidades.

Y sin embargo, desgraciadamente, esta enfermedad existe.

El libro de Marcela Feria está dedicado



Daniel Correa Rojo

principalmente a las personas que rodean a un enfermo de Alzheimer. Su primer mérito es éste: con un lenguaje sencillo y accesible, explica, describe, aclara, analiza lo que le pasa al enfermo y lo que le pasa a las personas que están cerca de él. En el libro encontraremos desde consejos prácticos para cuidar de manera óptima al paciente hasta reflexiones filosóficas alrededor del sentido último del sufrimiento en nuestras vidas. La información sobre profesionales que dan ayuda terapéutica a los enfermos y a los cuidadores, o sobre la existencia de grupos de apoyo para los familiares, o cómo hacer para donar el cerebro del paciente fallecido para que continúe la investigación sobre la enfermedad, son herramientas valiosísimas para todos aquellos -familiares, cuidadores, enfermeras, médicos, psicólogos- que estén relacionados con esta enfermedad.

El otro gran mérito de este trabajo es que no sólo los pacientes de Alzheimer y sus familiares saldrán beneficiados con esta lectura. Todos los demás, todos los que no o todavía no, todos nosotros, también nos enriquecemos profundamente al leer este libro. Aunque no nos gusta pensar en el asunto, la vejez existe y la enfermedad existe y la muerte existe. No es un asunto exclusivo de un grupo, los enfermos de Alzheimer. Es un asunto que a todos nos atañe.

Este libro toca ese tema que no nos gusta tocar pero que es necesario tocar. Nos dé el mal de Alzheimer o no, la mayoría de nosotros llegaremos, en el mejor de los casos, a ser viejos. Y probablemente seremos viejos con alguna demencia. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Dónde vamos a vivir, con quién, cómo? ¿Quién nos va a cuidar? Muchos ya conocemos experiencias parecidas: tenemos padres, tíos, abuelos, esposos. Hemos estado cerca de los viejos, sanos o enfermos. Y lo que surge a lo largo de la lectura de esta obra es una tremenda reflexión ética. Porque el libro de Marcela Feria, más que un libro de medicina o de psicología, me parece un libro de ética. Un cuestionamiento de nuestros valores, de nuestros fines, de nuestra moral.

Lo que realmente se me plantea es: ¿qué estamos haciendo con los viejos? Y me vuelvo consciente de que vivo en una sociedad que se va volviendo cada vez más inmoral, más indiferente, más negadora. En una sociedad cuya cultura de masas entroniza la salud, la belleza, la juventud, el éxito sonriente, esbelto y millonario, como únicos valores.

Marcela nos recuerda lo otro. Nos recuerda que también existen las manos temblorosas y la incontinenencia urinaria y la frase desesperada y repetida mil veces de "yo ya me quiero ir a mi casa". Y frente a este destino, que es el destino de todos nosotros, nos propone conceptos antiguos, despreciados, pasados de moda, como dignidad de las personas, respeto, compasión, perdón, solidaridad, dádiva, amor.

Por eso, al estarlo leyendo, de repente pensé que ojalá y mucha gente lea este libro. Se me antojó decretar que algunas partes, por lo menos, las leyera todos los jóvenes, que fuera casi obligatorio en las secundarias y en las preparatorias. Y en todas las escuelas de medicina y enfermería.

Porque no podemos permitir que nuestra cultura se siga basando en sólo apreciar o valorar a la gente joven y bonita. No podemos seguir cultivando una cultura del individualismo, del egoísmo, de la indiferencia por el otro, del "a mí qué". Una cultura neoliberal en donde sólo el que tenga -salud, belleza, gracia, fuerza, autoestima y dinero- es digno de existir. Y los demás (enfermos, viejos, analfabetas, indios, pobres), que se pudran.

Lo que nos recuerda Marcela Feria es que es necesario que recuperemos la vida humana en toda su extensión, en toda su ambivalencia y en toda su profundidad. Su libro nos recuerda que todos somos viejos demenciados y todos somos cuidadores o hermanos o viudas o huérfanos. Todos somos el anciano enfermo y estorboso que da tanta lata, y todos somos el ángel que lo limpia y que lo entretiene y que le da de comer y lo quiere muchísimo pero a ratos no lo soporta y a veces lo regaña y luego se muere de las culpas y del agotamiento pero se sobrepone y lo sigue cuidando.

Tenemos libertad. Podemos decidir o decretar que todo esto no nos importa. No es mi bronca. No tengo tiempo. Yo no tengo esa vocación. O podemos, como Marcela y tanta otra gente realmente humana, mirar con cuidado a nuestro alrededor, interesarnos por los demás y sacrificar algo por ellos y darles un pedazo de nuestra casa y de nuestra vida y de nuestro corazón.

Con esto termino. Después de leer este libro, tocada, movida, conmovida, sobrecogida, sólo me queda pedirle a Dios que cuando yo esté vieja me toquen muy cerca gentes misericordiosas, como Marcela Feria. *fm*